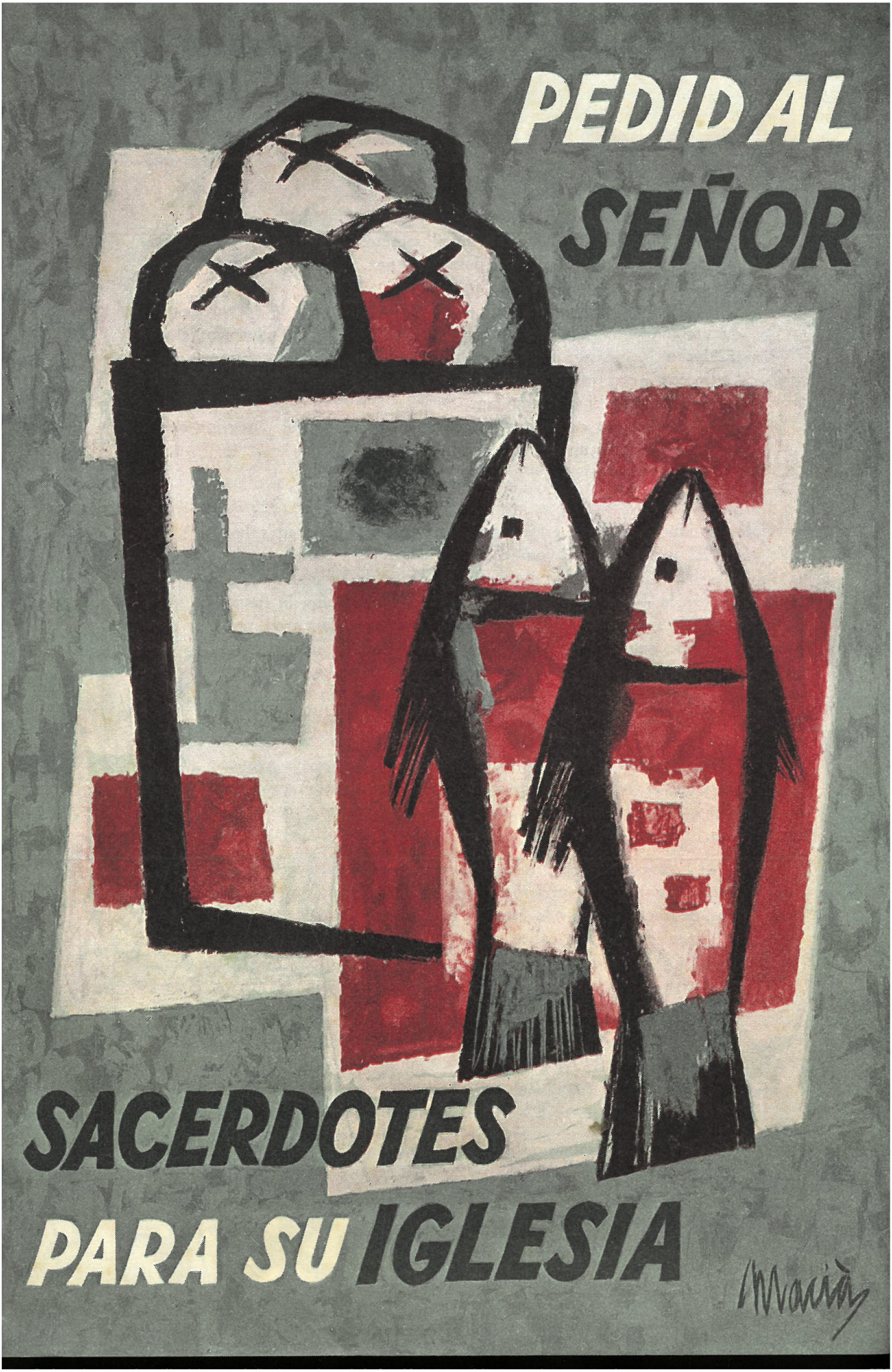

PEDID AL
SEÑOR
SACERDOTES
PARA SU IGLESIA
Marià

# Por qué un pez

Seis niños de Roma están en el secreto.

Sólo seis niños de Roma poseen el pez.

— Madre, ¿cómo se llaman?

Tarsicio uno. Publio, Marcelo, Flavio... El pez de cobre cuelga de una cadenita. Parece un amuleto, uno de los infinitos amuletos traídos a Roma por los soldados que combaten en los bosques de Germania o en los arenales junto al Nilo. Cornelio ya sabe qué ha de responder si le preguntan.

— Sí, madre: es un pez de cobre, un recuerdo del peregrino que vino del Oriente, un amuleto, nada más.

Sólo seis niños de Roma están en el secreto. Cornelio cumple hoy diez años. El pez no es de verdad un amuleto. Este secreto excita la fantasía del niño. Cornelio olvida las alegrías de la mañana, los regalos, la túnica — no cosida en pliegues al costado como la llevan los niños, sino sujeta con cinturón de piel de cabra, túnica de persona mayor, de soldado —, los dados, la jabalina. La madre ha explicado todo, y Cornelio ha entendido que ahora vivirá como rodeado de misterios, y que este secreto quizá le cueste la vida, no le importa, la madre ha explicado todo mientras padre, vestido de gala como si fuera de visita al palacio del César, estaba en pie, serio y parecía conmovido. Hasta hoy Cornelio participaba en los ágapes de la villa Claudia y podía traer a casa el pan consagrado, y cantar los salmos, y besar la mano del Apóstol. Pero nunca entró en las catacumbas.

— Las catacumbas, hijo, son el lugar secreto que guarda los cuerpos de quienes sufrieron martirio. El Apóstol preside los cánticos, bendice el pan y lo reparte. Los niños no pueden entrar porque no tienen el pez de cobre.

Ahora Cornelio aprieta el pez en su puño, tiene miedo de que se escurra como los pececillos brillantes de la costa de Anzio. Este pez de cobre es oscuro, chiquitín, casi negro. Un amuleto. Del peregrino que vino del Oriente.

— ¿Por qué un pez, madre?

Los cristianos utilizan el pez como contraseña. Lo dibujan en la arena, lo pintan en las paredes.

—¿Por qué un pez?

La madre sonríe. Pez, en griego, Cornelio, dime la palabra griega. Pez, ἰχθύς, y con las letras en acróstico los cristianos hacen una frase que significa *Jesucristo, hijo de Dios, salvador.*

—Al oscurecer, Cornelio.

—Sí, madre, al oscurecer.

La entrada del subterráneo está silenciosa. Oscuro todo. La madre envuelta en su manto parece una sombra que se roza con otras sombras. Aprieta la mano a Cornelio.

—Tu pez.

Hay un hombre en el primer recodo. Ni una palabra, ha extendido la mano. Apenas se adivinan sus facciones sobre el fondo negro del muro. La madre y Cornelio siguen por la gruta.

—¿Adónde sale, madre?

No sale. Espera. Mejor que no hablemos. Al doblar otro recodo, hay lejos un resplandor vacilante. Y de repente, pocos pasos más, luz de antorchas, diez, veinte, muchas antorchas.

—No, madre, no tengo miedo.

La primera noche de Cornelio en las catacumbas.

—Bienvenido, Cornelio.

El Apóstol acaricia la cabeza del niño. Tarsicio, Publio, Marcelo, Flavio, Clemente y Cornelio hacen rueda en torno a la tumba del mártir Antonio, destrozado por las fieras en el circo Máximo, la semana pasada: apenas pudieron los hermanos rescatar un puñado de ropas ensangrentadas. Luego de los salmos, habla el Apóstol: La cara del Señor era noble y su mirar bondadoso cuando dijo haced esto en mi memoria, y no temáis, estaré con vosotros. Cornelio ve también bondadosos los ojos del Apóstol que bendice el pan y pronuncia las palabras y lo parte. Sobre las manos tendidas de los niños, los diáconos ponen un paño blanco y luego el pan consagrado. Por parejas, cada diácono y cada niño, reparten a los fieles el Cuerpo y la Sangre, los niños portan el pan sobre las manos tendidas, los diáconos el vino en un cáliz. Los cánticos tiemblan mansos como la luz de las antorchas.

A la salida le dieron el pez. Era distinto, claro. La luz rompiente de la madrugada permitió a Cornelio adivinar los peces en el cesto del hombre que vigilaba el primer recodo.

— Madre, ya sé, lo colgaré en mi cadena, lo traeré cada vez, un amuleto, si me preguntan, un amuleto del Oriente.

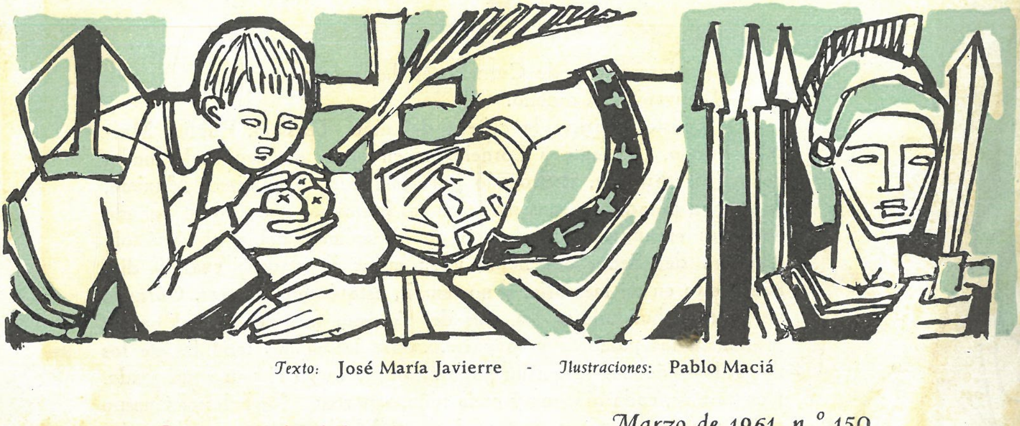
Nadie supo, la noche trágica, dónde encontró el traidor un pez de cobre. Quizá varias noches vino a estudiar el plano de las grutas, quizá tenía el pez mucho tiempo atrás, y cantaba el traidor los salmos, y oyó la palabra del Apóstol. Nadie supo. Tras él vinieron los soldados. Era el momento de la comunión.

Pareció que lo presentía el Apóstol, cuando hablaba después de los salmos:

— Aurelio será vuestro obispo. Tengo el presentimiento de que mi hora está cercana, el Señor me llamará por la espada de los soldados, porque soy vuestro hermano mayor y está bien que mi sangre sea mezclada con la vuestra. He consagrado obispo a Aurelio para que cuide él de que haya siempre sacerdotes en la Iglesia de Dios. Aurelio escogerá hombres jóvenes a quienes sea entregada la potestad de repetir las palabras del Señor, hombres que santifiquen, que consagren. Quizá tú, Tarsicio, aunque no sé qué extraña aureola se me antoja siempre en torno a tu cabeza, quizá tú, Marcelo, o quién sabe, tú, Cornelio, tan niño, tan pequeño, quizá serás tú, el instrumento, el eslabón que nos una a los tiempos en que otros muchos sacerdotes pronunciarán las palabras sagradas sin amenaza del martirio. Aurelio será vuestro obispo...

Era el momento de la comunión. Cien espadas enloquecieron el fulgor de las antorchas. El centurión traspasó de un golpe certero el pecho del Apóstol, que cayó de bruces sobre la tumba del mártir y la llenó de sangre. Los soldados fueron eficientes, en tres minutos habían acordonado a todos los cristianos y los empujaban hacia la salida. Sólo Cornelio quedó olvidado en un ángulo oscuro, mudo de terror el pobre niño, que sabía estaban su padre y su madre en el pelotón de los prisioneros. En las manos de Cornelio quedaban tres panecillos consagrados. Se acercó al cuerpo derribado del Apóstol, y allí de rodillas lloró largamente dejando que sus lágrimas cayeran sobre el pan:

— Quizá tú, Cornelio, tan niño, tan pequeño, quizá serás tú el instrumento, el eslabón...



*Texto:* José María Javierre - *Ilustraciones:* Pablo Maciá


*Marzo de 1961, n.º 150*

# BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

CENTRO DIOCESANO - DIPUTACIÓN, 231
BARCELONA - 7

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL B. 3023 - 1958